

recuerdos de terror y carnicería.* Al principio de nuestro viaje me fue á ver un oficial mexicano para ofrecerme á nombre del Gobernador del Estado de Sonora una escolta á su mando, como protección contra los apaches; pero no acepté aquella cortés oferta, prefiriendo atenerme á mi propia gente. Tengo la fortuna de decir que no tuve ningún encuentro personal con los terribles indios "chis," ó sea hombres de los bosques, como ellos se llaman, no obstante que cierta vez advertimos huellas recientes cerca de nuestro campamento, así como algunas ramas de yuca atadas en una forma peculiarmente conocida á los mexicanos como señales que sólo los apaches entienden.

La única precaución que tomé contra posibles ataques, fue aumentar mi cuerpo de arrieros mexicanos de confianza. Entre los recién ajustados estaba un indio ópata que parecía honrado, el cual se nos reunió una tarde, vestido con el traje nacional de tela de algodón, llevando en la mano un pequeño bulto que contenía las enaguas de su mujer (probablemente para que le sirvieran de manta) y un par de tijeras. Tales eran todos sus pertrechos para pasar el invierno en la Sierra Madre. ¡Qué intrepidez la de los indios! El hombre me contó que tenía treinta años; que su "señora" era de veinticinco y sólo llegaba á los quince cuando con él se casó, y que ya tenían once hijos.

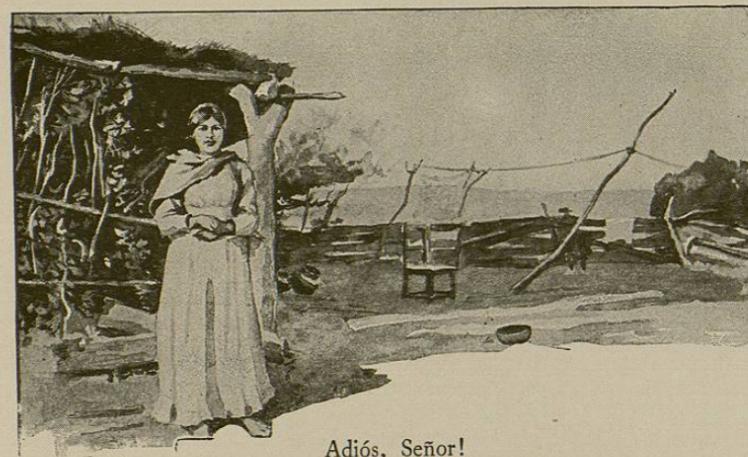
Finalmente logré hacerme con dos guías. Uno de ellos era un hombre muy inteligente que había estado varias veces en la sierra; el otro no había llegado sino hasta Chuichupa, y aunque no se acordaba muy bien del camino, creía que con la ayuda del otro podría señalarnos la ruta. Á falta de uno mejor, tuvimos que recibirlo como el único guía utilizable.

Recibidas algunas provisiones de reserva de Granados, emprendí por fin el ascenso el 2 de diciembre de 1890. Era

* Algunos años después de mi expedición por aquellas regiones, atacaron los apaches más de una vez los ranchos de los mormones, matando á varias personas.

un hermoso día; el aire aparecía claro y tibio, y el sol brillaba luminoso como sucede siempre por esa época del año en aquella región privilegiada. Parecía que reinaba el genio de la primavera, y juzgábamos remotas contingencias la nieve, la escarcha y la escasez de yerba, pues todo anunciaba una tierra de promisión.

Al salir de la ciudad tras de la recua, hechos los postreros arreglos con los naturales, pasé frente á una pequeña cabaña, última habitación en aquel lado de la sierra. Hallábase junto á ella una joven, en pie y con una mano cerca de la



Adiós, Señor!

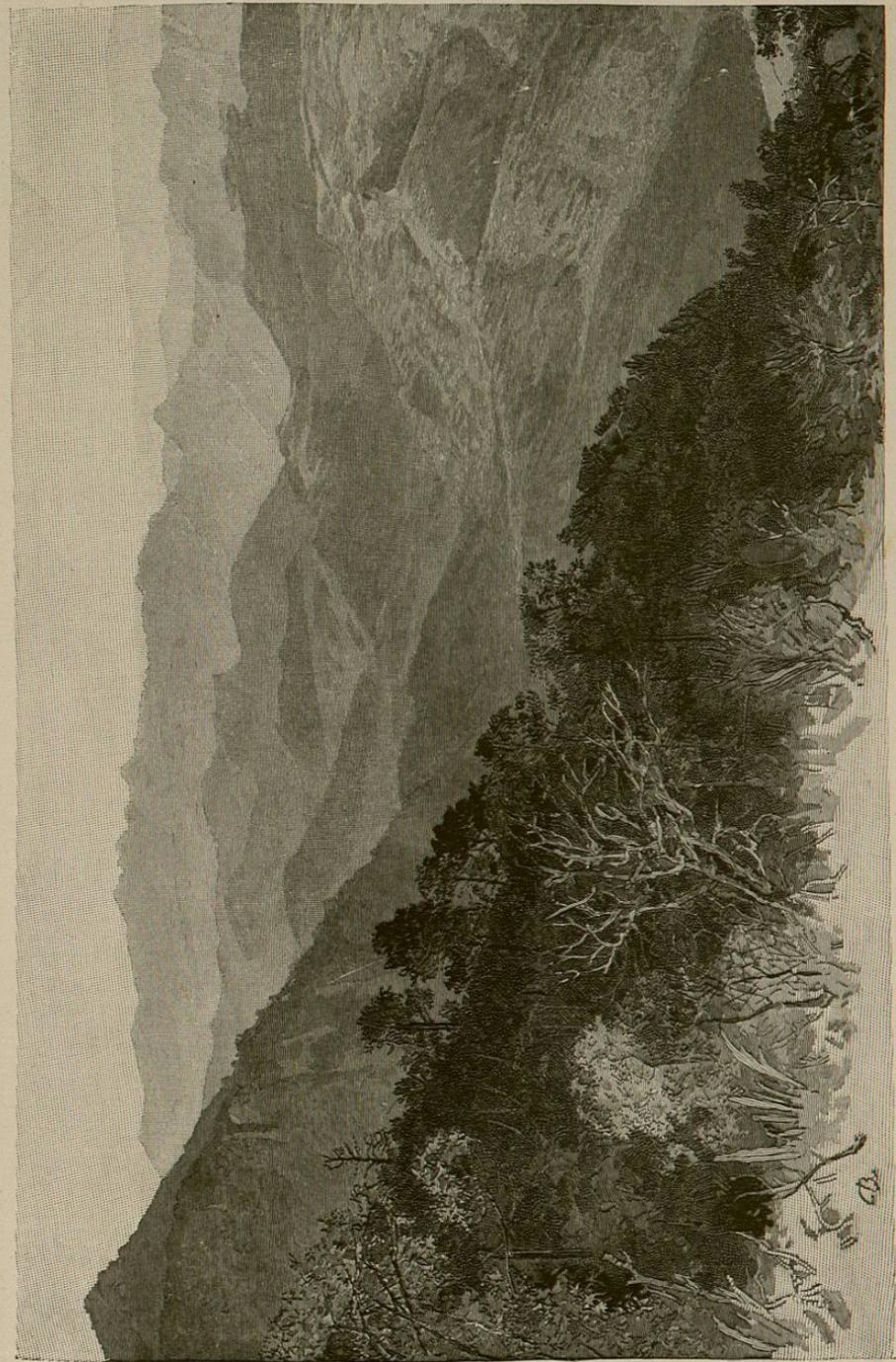
frente para resguardarse de los vivos rayos del sol. Había estado viendo pasar la comitiva, muy sorprendida, al parecer, por la extraña presencia de tantos hombres, el inusitado arreo de los animales y la gran cantidad de cargamento antes nunca vista en aquella parte del mundo. Con sus hermosos ojos negros, el suelto y ondulado cabello y su gracioso semblante, ofrecía un aspecto extraordinariamente bello, y como gritara con dulce y majestuosa voz: "Adiós, Señor," consideré aquel cariñoso saludo de la agraciada muchacha como de buen agüero para mi viaje. Obedeciendo á mi primer impulso, desmonté al punto para perpetuar la escena

por medio de un Kodac que llevaba pendiente de la cabeza de la silla. Á ser posible, con gusto enviaría á la joven su fotografía como muestra de mi gratitud por su jovial saludo, y seguramente que le agradaría mucho, pues todos los indígenas se deleitan viendo sus fotografías. Volví en seguida rumbo al oriente, y pronto alcancé á mi comitiva.

Para llegar á la Sierra Madre, yendo del río Babispe por Nacori, hay que cruzar dos sierras—ó tres, en opinión de los mexicanos—todas las cuales, generalmente hablando, siguen una dirección de noroeste á sudeste. El ascenso es fácil en las dos primeras. La tercera es la Sierra Madre, propiamente dicha, llamada allí por los mexicanos Sierra de Nacori, pues el río Babispe hace desde su nacimiento un gran rodeo en torno de ella hacia el norte, separándola en parte de la cordillera principal. Todavía esta sierra no ofrece en realidad dificultades insuperables si el tiempo es bueno; pero con mal tiempo el camino que seguíamos habría sido en algunas lugares del todo intransitable.

Al llegar á la segunda fila de montañas llamada Sierra de Huehuerachi, cerca de su remate septentrional vimos tras de nosotros la Sierra de Bacadehuachi, tendida lejanamente al oeste. En el costado oriental, la conglomeración de rocas tajadas á manera de campanarios asentados en zancos, y las imponentes y erizadas crestas al norte y este de Nacori, son sólo continuación de aquella serranía. Pero al este de donde estábamos, alcanzamos á ver por primera vez el completo y grandioso paisaje de la cadena principal de la Sierra Madre (la Sierra de Nacori) que se yergue alta y majestuosa sobre el lado opuesto del valle, en cuyo fondo corre el pequeño río de Huehuerachi.

Acampamos en este valle durante dos días, con motivo de las lluvias. No obstante que estábamos á principios de diciembre, encontramos *Helianthus* de 10 á 12 pies de altura floreciendo por donde quiera en los cañones. Una *Salvia* de corola azul, pringada de rojos capullos, llamaba



Vista de la Sierra de Huehuerachi.

mucho la atención y resultó una nueva variedad de dicha planta. Vimos también saúcos cubiertos de hojas y flores al mismo tiempo, y la *Bambusa* formaba una espesura verdiclara que contrastaba bellamente con las sombras más oscuras de las encinas, saúcos y palmas de abanico. Éstas fueron las últimas de su clase que vimos en ese lado de la sierra. Avanzamos seis millas al nordeste. La senda seguía primero la misma dirección del riachuelo, cuyas claras y rápidas aguas tienen por término medio como un pie de profundidad y seis de anchura. Frecuentemente era necesario limpiar el lecho del río de las palmas que había, para dar paso á las mulas de carga, y asimismo dificultaban el tránsito las grandes y numerosas piedras y la espesa maleza. Subiendo por un cordón que conducía directamente á la cordillera principal, recorrimos durante un rato una senda perdida por donde acostumbraban los apaches llevar el ganado que robaban á un lugar tan inaccesible, según me dijeron, que bastarían dos indios para hacer frente á un ejército. Todos los sitios que habíamos atravesado estaban cubiertos de gruesos guijarros y fragmentos de rocas.

Tan cerrada se veía ya la Sierra Madre, que las empinadas masas de sus picos parecían suspendidas amenazadoramente sobre nuestras tiendas de campaña cuando nos deteníamos. Era el paisaje casi tan espléndido como desde le cima del Huehuerachi; y entre nosotros y las montañas situadas al pie de la Sierra de Bacadehuachi, se extendía una masa inmensa de calvas rocas y cerros, llamada por los mexicanos *Agua blanca*, nombre que aplican también á un riachuelo que corre por allí de norte á sur, pero que desde nuestro punto de vista se perdía del todo en aquella caótica confusión. Como á distancia de quince ó veinte millas al norte se divisaba una alta cadena de escarpados picos.

Debo mencionar que el agua de muchos arroyos y ríos de las montañas occidentales de México, es ligeramente

blanquizca y de aspecto opaco y opalino, como si contuviese una fuerte solución de quinina. Los mexicanos la llaman *agua blanca* ó *agua zarca* y la consideran como la mejor que tienen. Muchos lugares, especialmente ranchos, reciben también ese nombre. En la localidad en que entonces nos encontrábamos, tenía el agua un ligero sabor amargo debido á fuertes residuos de hierro y otros minerales, pero por lo común era de muy buen gusto.

Allí, á sólo á 23 millas de Nacori y á una elevación de 4000 pies, nos vimos obligados á acampar por tres días. Espesas nieblas y fuertes y repentinos aguaceros hacían imposible el camino. Además Agustín Ríos, nuestro principal guía, hombre de sesenta y cinco años, cayó gravemente enfermo, y resolví enviarlo á su casa. Cuando lo contraté,



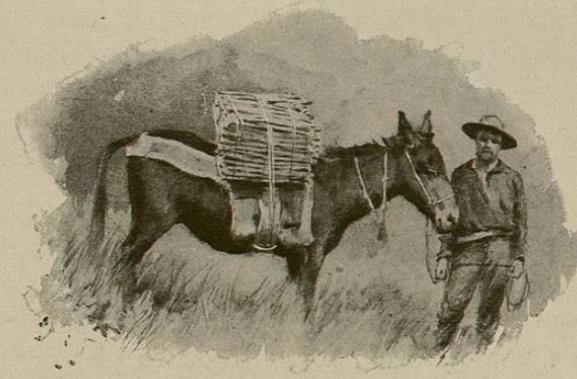
Partida de nuestro primer guía.

hícelo sin saber que padecía una incurable enfermedad, y que por tal motivo no quería su mujer dejarlo partir. Tuve, pues, que hacerlo llevar en una especie de palanquín dispuesto para el caso, y con pena refiero que murió antes de llegar á Nacori. Me había

sido muy útil y deploré mucho su pérdida.

Antes de irse me hizo algunas indicaciones para encontrar un antiguo pueblo bastante grande, por donde una vez había él atravesado la sierra, y del que frecuentemente nos hablaba. Sin embargo, no conseguimos encontrarlo y me inclino á creer que no diferiría mucho de los que más tarde hallamos junto al río Babispe. Desde entonces adopté como regla enviar tres ó cuatro hombres á jornadas de dos días adelante del cuerpo de la expedición, á fin de que nos

abriesen camino. En ocasiones seguían las huellas dejadas por los apaches, pero las más veces nos abríamos paso á través de la selva. En vez de adoptar la costumbre mexicana de escalar la montaña del modo más directo posible, avanzábamos en zigzag, á lo que atribuyo el haber salido adelante de todo, evitando á las bestias un esfuerzo excesivo. El mayor declive que ascendimos fue de 40°, pero por lo general no trepábamos sino en ángulos de 30°. En varios pasos, para ayudar á alguno de los animales á subir, tenía un hombre que remolcarlo con una cuerda, mientras que otros lo empujaban por detrás. En muchas partes tenían que



Mula con huacales.

ser llevadas las caballerías una tras otra por los estrechos bordes de los precipicios.

Es encantadora la sensación que se experimenta mirando esas montañas, pero el viajar por ellas agota los músculos y la paciencia. Además, la posibilidad de perder á cada momento tal vez lo más valioso que se lleva produce en el espíritu constante y penosa intranquilidad. Nadie que no haya viajado por las montañas de México puede comprender ni apreciar las dificultades y angustias anexas á la travesía. No sólo las bestias mismas, sino todo cuanto llevan es de vital importancia para el éxito de la expedición, y no cesa de